





LA SEMANA

Como todo se pega menos la hermosura, va tomando ya carta de naturaleza «en esta de Barcelona» el *juan josefismo* que parecía hasta el presente hallarse circunscrito á Madrid. Enemigos de todo monopolio, nos alegráramos mucho de la instauración de este nuevo ramo de la criminalidad sino fuese por eso... por tratarse de crímenes.

Un obrero, si bien más haragan que amigo de trabajar, ha matado bestialmente á una honrada joven, tan honrada como laboriosa, por el delito de parecerle al matador que no se mostraba tan apasionada como á su juicio se merecía. El fulano ese temía se le escapase la novia, y á la verdad, no dejaba de ser para él un grave perjuicio. ¡Una chica que se ganaba cada día cinco ó seis *pelas* (pesetas) trabajando como una negra!

El Juan José de Hostafranchs, embrutecido sin duda por la lectura de los periódicos criminográficos, después de haber disparado contra la novia, lo hizo contra su frustrada suegra y terminó pegándose también un tiro en la cabeza; pero no con tan buena puntería como la primera vez, de manera que no tardará en ser dado de alta.

Ya la prensa ha hecho constar que se trataba de un crimen «pasional»; y sabido es que esos crímenes «pasionales» traen en sí casi aparejada la absolución.

Permitaseme, sin embargo, confesar, para confusión mía, castigo de mis malos sentimientos y vergüenza de mi atraso jurídico que me hubiera alegrado mucho de que, una vez detenido ese mancebo, lo hubiesen lynchado.

Tal vez ese sujeto que mató á la pobre y honrada obrera de la calle de Sarriá será partidario, por haberlo oído decir ó leído en alguna parte, del *amor libre*; y en efecto, en cuanto le pareció que la novia tenía pocas ganas de continuar las relaciones, en uso de su libérrima voluntad, la pegó dos tiros. Por que así suelen gastárlas muchos liberales y otros adjetivos derivados de libertad.

En fin, que ya van, efectivamente las cosas por el camino que pretenden los apóstoles del *feminismo*. Las reivindicaciones femeninas, en España, se traducen por darse menos valor á la vida de una mujer que á la de un mosquito. El señor ruñan, el señor aspirante á Coburgo, el señor *M. Alphonse*, el señor tahir que tiene alguna queja de su *marmita* ó de su futura consorte alimenticia arregla la cuestión con cuatro puñaladas ó un par de tiros, y luego comparece ante el Jurado como una pobre víctima *pasional*, digna de compasión, y de ser echado cuanto antes á la calle, para que *repita*.

¡Y dirán luego que las ciencias *jurídicas* no adelantán! ¿Se puede concebir más estúpida invención que esa de los crímenes *pasionales*? Que triunfo para los modernos haber hecho ese descubrimiento, para vergüenza de las pesadas generaciones, ignorantes de tan bella variedad de homicidios!

Con todo, habrá quienes, como yo, no se den por convencidos. Sea como fuere, hay para los cristianos un *Decálogo* en que consta el mandamiento divino que dice: *No matarás*, pero, dejando ese precepto para los creyentes, hay también un artículo 418 del Código Penal, del que deberían tener conocimiento, para los efectos oportunos, los que matan con alevosía, con premeditación conocida y otras circunstancias, constituyendo lo que se llama un *asesinato*.

Verdad es que hay un artículo en que se habla de atenuantes, como son la circunstancia de obrar «por estímulos tan poderosos que naturalmente hayan producido arrebato y obcecación», pero no hay que confundir eso con una tapadera.

Por mi parte, no creo gran cosa en esos estímulos. Por algo somos hombres y no bestias.

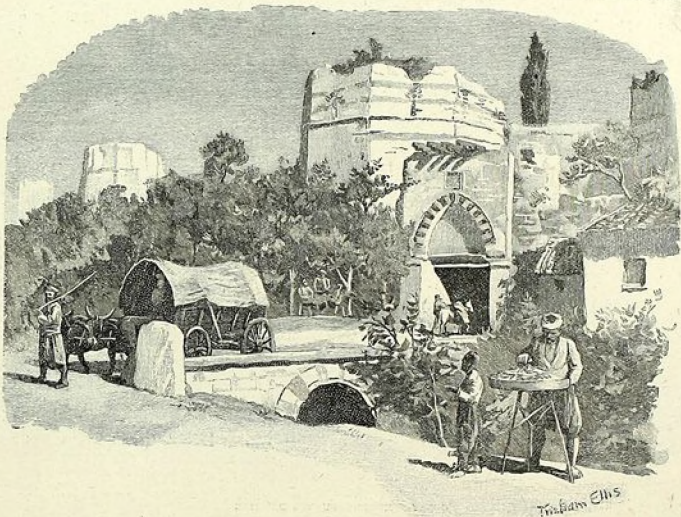
Ha fallecido en Inglaterra el famoso lord Salisbury, que fué muchos años primer ministro, y desempeñaba la jefatura del partido conservador. Es el mismo que pronunció aquellas frases de las naciones moribundas llamadas á desaparecer, pero ya nos ha hecho saber Villaverde que Salisbury había declarado que no se refería á España, como le parecía á todo el mundo. Y cuando Villaverde asegura una cosa, es tan cierta como el Evangelio. Quedamos, pues, en que Salisbury no dijo jamás que España fuese una nación moribunda.

ARGOS

EN LOS BALKANES.—CONSTANTINOPLA

La cuestión de Macedonia, de que tanto se habla hoy, con más que sobrado motivo, es muy fácil de explicar, y por lo mismo no se la puede calificar de *macedonia*, palabra de que se valen los franceses para designar lo que aquí calificamos de *potage* ó *batiburrillo*.

La Macedonia es una provincia de Turquía, pero lo que menos hay en ella son turcos; en cambio habitan en aquel territorio millares de búlgaros, rumanos, servios, griegos, albaneses y algunos turcos, súbditos todos ellos del Gran Señor. Codiciada por Grecia y codiciada por Bulgaria trataron éstas de repartírsela, pero no llegaron a un acuerdo: Grecia quería que el reparto se verificase quedándose



CONSTANTINOPLA: PUERTA DE SILIVRI

Bulgaria con la mitad Oeste y Grecia con la del Este. No se entendieron, por lo tanto, y entonces los macedonios pensaron que no tenían necesidad de que nadie se les anexionase y que podían arreglarse perfectamente solos; de ahí la actual insurrección al grito de *Macedonia para los macedonios*, y con la mira de hacer del nuevo Estado una *Suiza de Oriente*.

Los bravos macedonios, en su lucha desigual con el odiado *Sultán Rojo*, cuentan con la intervención de Europa, pero es difícil que lo alcancen. Rusia ha renunciado ya á su ambición de apoderarse de Constantinopla y solo piensa en sus puertos del Pacífico; Alemania está al lado de Abdul Hamid, y Austria no puede hacer nada por sí sola.

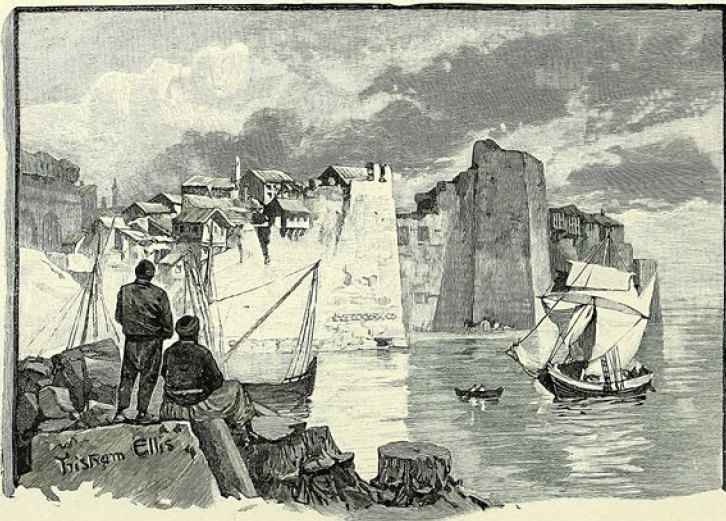
Nada debe temer, pues, el Gran Turco; sofocará en sangre la rebelión y continuará encerrado en su palacio de *Yildiz Kiosk* gozando de las delicias de su corte.

¡Y es lástima ciertamente que una perla como Constantinopla deba hallarse en manos de sus actuales dueños y señores! No hay ciudad en el mundo situada en más admirable posición. Rodeada al S. por el mar de Mármara, al E. por el Bósforo y al NE. por la ancha y magnífica bahía llamada el *Cuerno de Oro*, aparece Constantinopla, como Roma, construida sobre siete colinas, seis de ellas sobre dicho *Cuerno* y la otra sobre el mar de Mármara, estando defendida la parte del Oeste por una muralla de 7 kilómetros de longitud, que cierra por completo la ciudad hacia aquel lado y está perforada por admirables puertas, terrestres y marítimas, de las cuales dan perfecta idea nuestros grabados.

No hay panorama en el mundo que pueda rivalizar con el que se contempla desde las alturas de la

colinas, y bien pocas ciudades, por otra parte, ofrecen mayor número de notabilísimos monumentos, así bizantinos como musulmanes.

Hoy es Constantinopla uno de los primeros centros comerciales del mundo, pero tal consideración desaparece ante el hecho de partir de allí las horribles órdenes de las matanzas que para baldón del nombre cristiano se dejan perpetrar al turco. Ya no hay ningún Gladstone que proteste indignado contra las atrocidades armenias, ni contra las atrocidades macedónicas, como protestara él contra las atrocidades búlgaras. Y se deja que corra á torrentes la sangre, para no alterar el *statu quo*, en cuya

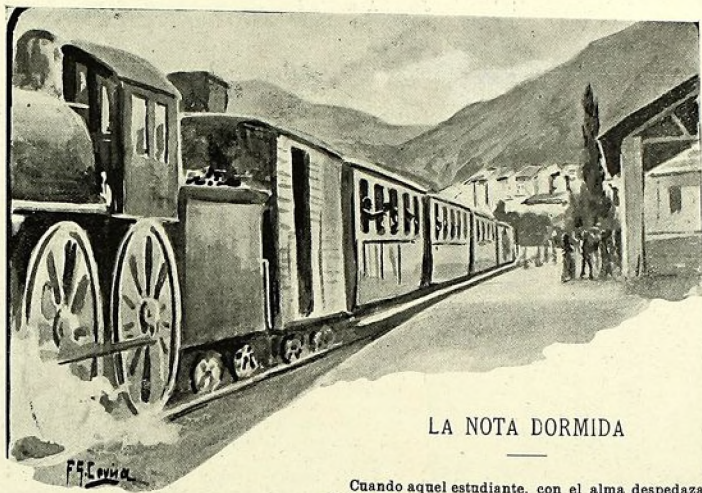


CONSTANTINOPLA: PUERTA DEL MAR

virtud el antiguo imperio griego está regido hoy por el turbante y la cimitarra de los degenerados osmanes. La mutua envidia ha hecho que no se haya querido consentir en que la Turquía Europea, cuando menos, fuese regida por cristianos, pero en el pecado llevan la penitencia esos *perros del hortelano*. La administración turca es por el estilo de la nuestra, y Constantinopla se asemeja á una ciudad española por el inmenso número de *perros mordedores* que vagan por sus barrios populares y por el horrible polvo que hace casi impoible la respiración en los distritos habitados por los extranjeros. La decrepitud se deja conocer en todo, y la incuria, el abandono y la rapacidad hacen que semeje una pocilga, por dentro, lo que desde lejos aparece como un trasunto del Eden, con sus cúpulas de blanco mármol ó de dorados azulejos, sus alminares y sus bosquecillos de adelfas y cipreses.

En cambio, desde el punto de vista militar hay que reconocer que Turquía se halla á la altura de la nación que más descuelte en este sentido. Su ejército es numeroso, está bien armado y cuenta con poderosa artillería moderna. Sin el menor esfuerzo ha podido el Saltán acumular 270,000 hombres en Macedonia, capaces, con los cañones de tiro rápido de que van provistos, de arrasar en breve tiempo toda la provincia, sin dejar ni un solo insurrecto para contarlos. Y así van sucediendo las cosas en esta culta Europa. ¡Ay del débil! ¡Ay del que no cuente con muchos millones en sus arcas y muchas baterías y muchos fusiles de terrible estrago!

Hablaba el difunto Salisbury de las naciones moribundas, y sin embargo no podía ni debía referirse á Turquía: esta es desde hace largos años el *Hombre enfermo*, pero en cuanto á *morirse* ya es harina de otro costal.



LA NOTA DORMIDA

Cuando aquel estudiante, con el alma despedazada dejó su familia, que tan adorada le era entonces, y que fué á despedirle hasta el confin de la aldea, pareciendo, al separarse de ella, que iba á entregarle su vida; cuando del padre, que disimulaba penosamente su emoción, escuchó los nobles y sensatos consejos, que habían de guiarle por los escabrosos caminos del mundo; cuando contempló á su novia, de cara de ángel, vertiendo lágrimas copiosas, como si el joven marchara hacia la muerte; cuando sintió que en su mano ponía la madre tierna algunos dinerillos, producto del ahorro, quizás de largo tiempo, y que habían guardado avaramente dos calcetines... ¡oh! el estudiante experimentó una angustia extrema, como si ante aquella ausencia terrible fuera á escapársele la existencia.

Mas, aquel estudiante, como la mayoría de ellos, á poco de ir caminando hacia la corte, fuéronsele mudando las tristezas en alegrías, y apenas transcurrió medio día escaso, cuando olvidó ¡el ingrato! hogar, familia y novia; pues no hay nada que á la constancia quebrante tanto como la ausencia.

Ya en Madrid ¡que cuerdos son al principio sus planes! ¡Hasta llega á comprar los libros de sus estudios! ¡Y hasta corta con entusiasmo las cuatro ó seis primeras vírgenes hojas! Pero, pronto, aquellos libros tienen en manos del estudiante un vil empleo. ¡Son llevados por él á las casas de empeño! Y tras este primer paso por la crápula el estudiante se lanza en los torbellinos de los placeres que tanto á la juventud seducen y enloquecen.

Juan Caballero, que así se llamaba el estudiante de la presente historia, gustando las mil cruces del juego, pasó las horas muertas en los garitos, saliendo casi siempre arruinado, y derrochando el dinero cuando resultaba ganancioso.

No se sabe como, pero siempre tenía billetes para los toros. No perdía una corrida, pues el toreo, con sus arriesgados lances, se armonizaba perfectamente con su ardorosa sangre. También se pirraaba por los teatros donde se exhibían muchachas bonitas, que al mostrar sus formas seductoras cosquilleaban el alma del estudiante deliciosamente. Mas, sobre todo, lo que más le agradaba era hallar por su camino alguna modistilla, de faz risueña y esbelta talle, de esas que van sembrando el regocijo por donde quiera que andan; de esas que aman de balde, y que zurren, si ocurre, los pantalones á su estudiante.

Juan Caballero, como D. Quijote de la Mancha, no conceptuaba completo su destino si no tenía una Dulcinea de quien enamorarse, á quien rendir ferviente culto, á quien consagrar alma y vida. Y ¿cuál mejor Dulcinea de un estudiante que una modistilla? Esta forma de la ilusión de Juan Caballero tuvo realidad al fin. ¿Su nombre? Antonia.

Una tarde, al anochecer de un día de abril, vió Juan salir de un taller una joven preciosa, morena, de ojos tan picarecosos como cándidos, de boca breve, incitante y roja, de pelo negro peinado en graciosas cocas, de cuerpo esbeto y flexible, de espíritu tierno, Antonia fué seguida y asediada por Juan Caballero en largo trayecto, hasta que, rendida la hermosura callejera, se estableció entre ambos una

conversación sugestiva, amorosa, entrecortada de suspiros y de sonrisas. ¡Qué dulce es el idilio preliminar de todo amor naciente! El amor de Juan y Antonia fué un encanto continuado. En las gratas mañanas primaverales iban al Retiro, y allí, buscando entre las frondosas sombrías los pascos más tortuosos, el galán estudiante y su modista huían de las sendas vulgares... Y ¿para qué? Ya lo presumís. ¿Qué pueden hacer dos seres que se aman locamente? Sus labios siempre estaban buscándose para unirse en esa caricia deliciosa que se llama «beso». ¡El beso! Nunca estaban saciados de tan hechicero bocado. Y es porque el beso es el alimento principal de todo amor.



¡Qué feliz era aquella amorosa y tierna pareja! Había balidos de cordero en su voz; arrullos de palomo, son de instrumento por cuyas cuerdas pasa el viento suavemente. Fulgores de estrellas había en sus ojos, que nunca acertaban á empañar turbias pesadumbres. Y un impulso perenne guiaba sus brazos para enlazarse en plácidos nudos.

De este modo, sus vidas estaban como sembradas de rosas, reinando en ellos, con la humildad, la dicha. Para llegar al colmo de su ventura, en unión de su amada, el sér adorado, como dos pajarillos forman un nido, el estudiante hizo de una buhardilla, pobre y estrecha, merced á la grandeza de sus amores, un encantado palacio...

Más ¡ah! que los estudiantes tienen, como fin de sus buenas ó malas andanzas, al siniestro mes de junio, el pavoroso mes de los exámenes. Y, naturalmente, Juan Caballero, que sólo había estudiado en el libro del amor, del cual no tenía que examinarse, salió suspenso en los otros textos, en los de su carrera.

Volvió á su aldea, triste y cabizbajo. Su padre, enfurruñado, le sermonéó con severidad. Su madre, que le acogió con hondo llanto, le concedió pronto su perdón, pues ¡lo adoraba tanto! Y la novia, la primitiva novia, la eterna, que nunca dio al olvido al estudiante, se alegra sobremanera, pues ya al cabo tendría marido.

Y se casarán ¿qué duda cabe? ¿No nos viene del cielo muerte y casorio?

Juan y su novia, la de la aldea, se casaron, dando al olvido el estudiante sus libros, para los cuales no había nacido, y consagrándose al cultivo de sus campos.

Más, aunque, pasados algunos años, Juan gozaba en su estado de oscuro campesino, rico y honrado, y causaban su recreo sus lindos y robustos hijos, y no le faltaban ocupaciones graves, á veces, se quedaba pensativo, y recordaba, como si sonara en su interior una nota dormida, á aquella modistilla, alegre y desinteresada, que solía zurrirle los pantalones.

Y con aquel recuerdo, con aquella nota de una música antigua deliciosa, que había regocijado unos días de su juventud, reconstruía la historia de sus amores con Antonia.

Y en balde le acariciaban á Juan sus hijos, y le mimaba su esposa, y le rendían riquezas sus heredades. La nota dormida de aquel amor despertaba y sonaba mágicamente, como diciéndole: «Nunca, nunca muere en la memoria el amor que un día fué el sueño de un alma.»

JOSÉ DE SILES



PAISAJES DEL VOLGA



LAS BARCAS DEL VOLGA

Este río, por largo tiempo casi desconocido para la generalidad de los europeos es hoy tan familiar á muchos como el Sena ó el Danubio. La novela rusa ha obrado esta difusión de los conocimientos geográficos.

Y la verdad es que no se trata de ningún riachuelo de poco más ó menos. Un río que tiene que recorrer *mil leguas* antes de llegar á su desembocadura tiene pocos iguales en el mundo. Nacido como un arroyo en los montes de Valdai, no muy lejos y al Sudeste de San Petersburgo, va haciendo su camino, de occidente á oriente, bañando entre otras ciudades la de Nijni Novgorod, famosa por sus ferias, y junto á la cual recibe el tributo del caudaloso Oka; continua por algún tiempo en igual dirección, y al llegar á Kasan tuerce hacia el mediodía, hasta que ya muy al Sur, se encamina de nuevo hacia el Este para desaguar por setenta bocas en el mar Caspio junto á Astracán.

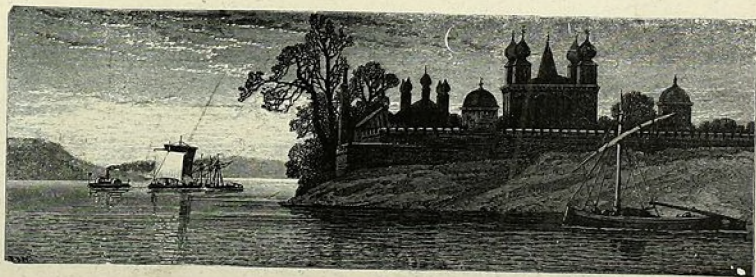
Su anchura va aumentando rápidamente á medida que adelanta en su curso: primero treinta metros, después doscientos, luego cuatrocientos, y cerca de su embocadura, cinco leguas. La profundidad, en cuanto se hace navegable, varía de dos á cinco metros. El valle es un dilatado páramo, una *estepa* bordeada por lejanas colinas.

Todo respira allí la desolación y la tristeza.

Durante dos meses al año queda helado el Volga, pero en cuanto viene el deshielo surcan sus aguas millares de veleros y vapores, libres ya hoy del terrible peligro de los *piratas* de otro tiempo.

El Volga es hoy para Rusia un camino comercial de inmensa importancia, realizando iguales grandes destinos que el Nilo, el Mississippi, el Plata y el Amazonas en los otros continentes.

Las poblaciones de las orillas del Volga se hallan aun en estado semi-bárbaro; de vez en cuando aparece, en medio del desierto, la mole de algún suntuoso monasterio, pero solo muy de tarde en tarde se ven ciudades ó pueblos. Es un *camino*, no una corriente fecundante.



UN OASIS EN PLENA ESTEPA.—MONASTERIO



EL ESTÍO, cuadro de Broka

Ayuntamiento de Madrid



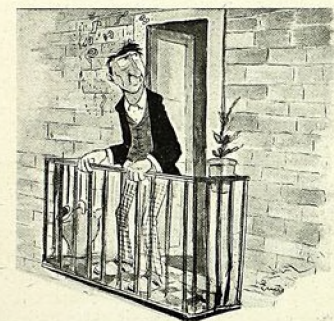
El prudentísimo y bondadoso Crisanto Bobinez vivía plácidamente de sus modestas rentas y en-

un orfeón de oficiales y aprendices capaz de volver loco a un tonto de capirote. Y si alguna vez se le ocurría salir al balcón, una verdadera lluvia de trapos, hilachos, rcortes, carretes vacíos y pelusa variada le hacía mirar hacia el cuarto de encima con ira reconcentrada y desear cosas feas a la causante.

Vista la abusiva repetición de estas duchas, así como la de los ruidos indicados, y hallándose a la sazón desalquilado el piso segundo de la casa, se le ocurrió á Bobinez mudarse á él, con lo cual se evitaba vivir con una máquina en los sesos y se prometía la dicha de ver sufrir desde el balcón al nuevo inquilino del entresuelo la consabida nube de carretes, hilos, recortaduras, patrones jubilosos, pelusa y demás basuras procedentes de la madame del principal.

En efecto: Bobinez visitó al dueño de la casa, le expuso las razones que tenía para trasladarse al piso segundo y lo hubiese obtenido por menor precio sino se le hubiera ido la lengua, pues dijo cosas de la modista que no podían caer bien en el oído del casero, *demasiado amigo* de madame Cucuné para perdonar tales desahogos.

Verificada la mudanza, Bobinez respiró tranquilo. Nadie le molestaba y únicamente la literatura dramática fué la que salió perdiendo en el asunto, pues gracias á que el poeta se había insta-



tretenía sus ocios en hacer dramas como podía hacer tortas de almendra ó aparatos para cazar moscas.

Muy satisfecho había quedado de su última producción, boceto melodramático que con el título de *Entrañas descompuestas* había escrito para la Guerrero y al fin había tenido que estrenarlo en Valdelachínche una tía del interesado.

Pero no hay ventura duradera. Bobinez disfrutaba muy á gusto su cuartito entresuelo de la calle de Santa Clara en compañía de una asistente más clara que santa y de un gato neurasténico, á quienes leía sus engendros tan pronto como los terminaba. Y en el piso principal de la misma casa, precisamente encima del de Bobinez, se hallaba establecida *madame Cucuné*, una francesa natural de Vicalvaro que confeccionaba prendas de señora sin cuidarse de las suyas personales.

Precisamente puso el taller sobre el despacho de Bobinez, y una máquina de coser (que no era silenciosa ni mucho menos) funcionaba allí todo el día de Dios sobre la cabeza del dramaturgo, produciendo en ella el mismo efecto que si se la cosieran á pespunte.

El trabajo llegó á ser imposible para el poeta, que tenía que aguantar, además de la máquina,



lado sobre la impertinente modista, pudo escribir en santa calma su famosa comedia *Titilaciones* y

reconcomios, ruidosamente silbada seis meses más tarde en Fregenal de la Sierra.

No llevaría el pobre Bobinez dos semanas disfrutando su pisito segundo cuando vió sacar del tercero los muebles que por clasificación correspondían al inquilino que le ocupaba, y dióse por muerto al advertir que ocho días después efectuada su traslación al piso vacío la propia madame del principal, cuya clientela había disminuido considerablemente.

El disgusto de Bobinez al verse de nuevo con la modista encima y al oír berrear á las oficiales con acompañamiento de máquina Singer (ó lo que fuera) y al volver á sufrir el chaparrón de pingajos y barreduras cuantas veces asomaba las narices á la calle, le causó una enfermedad que si no fué calificada de *modistitis crónica*, debió de faltarle muy poco.

Y enfermo estuvo hasta que el vecino de más arriba, ó sea el escribiente del sotabanco dejó desocupada su vivienda, pues inmediatamente la alquiló Bobinez, guardándose muy mucho de faltar á la modista delante del casero, é instalándose debajo del tejado en un par de días.

Nueva temporada de tranquilidad y nuevo drama de Bobinez: la modista en el piso tercero el dramaturgo en el de encima y Dios en el de todos. Pero...

Ya supondrán ustedes lo que va después de este pero. Madame Cucuñé había venido muy á menos, aunque no tanto que tuviera que deshacerse de la máquina; y no pudiendo ya pagar el tercer piso, aprovechó la ocasión de hallarse vacía la buhardilla y el ofrecimiento del casero de consentir que la habitase gratis *et amore*.

Y ya me tienen ustedes al infortunado Bobinez con la modista encima por tercera vez, aunque sin nombre extranjero, sino llamándose Aniceta Ca-



retren sencillamente y auxiliada por una sola aprendiz que parecía un mochuero.

Cuando Bobinez se enteró de que volvía á estar debajo, se volvió loco. Aquel cerebro tan respuntado por la máquina de arriba y tan revuelto por

las concepciones teatrales, sufrió una perturbación terrible, á consecuencia de la cual adoptó una resolución tan radical como repentina.

«¿Se ha propuesto esa individual, — se dijo Bobinez, — estar siempre encima de mí? Pues ya no.



Si yo soy completamente soltero y ella también lo es, aunque no tanto como yo; ¿no sería una solución que nos casáramos? Ella podría ser feliz, porque yo soy un bendito; y yo por mi parte, viviendo á su lado, no volvería á padecer el martirio de tenerla encima contra todas las leyes divinas y humanas.»

Dicho y hecho. Un día, cuando la ya modesta modista salió á probar un abrigo á la generala Pepinillez, la dió alcance Bobinez en la calle Mayor y ¡plaf! la declaró su atrevido pensamiento, que fué bien acogido por ella, quedando las bases de la fusión sentadas en el Café Oriental, mientras la ilustre cliente de Aniceta también esperaba sentada la prueba del abrigo.

Dos meses después Aniceta Carretin y Crisanto Bobinez habían contraído matrimonio. El hilo de la existencia del uno se había enredado en el hilo de la del otro y al fin vivían en un mismo cuarto y al mismo nivel. Pero...

—¿Pero qué? —preguntarán ustedes.

Pues, nada, que, según mis noticias, de poco le ha servido á Bobinez casarse con la modista; porque ella con su carácter violento y dominante le tiene siempre acoquinado; siempre debajo del pie. Sigue, pues, manifestándose la predestinación de Bobinez y seguirá hasta que los demonios se lo lleven.

¿Y saben ustedes lo que Bobinez pide á Dios todos los días, al descansar de alguna de las zurras con que ella le obsequia? Pues le pide que cuando esté enterrado, no se moleste su vinda en ir á rezarle sobre la fosa. Y en caso de ir, que le rece bajito, que sea breve y, sobre todo, que no se lleve allí la máquina.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA MODA EN LA CINTURA

Está fuera de toda duda que el uso de las cinturas se remonta á los primeros tiempos de la vestimenta humana; aun hoy mismo vemos, entre los pocos pueblos salvajes que aun quedan, ser casi la única prenda un ceñidor; sin embargo, la moda de aprisionarse el talle, llegada ya al colmo de la extravagancia, es relativamente moderna y posterior al cristianismo.

Los cinturones, en efecto, no comienzan á generalizarse hasta el transcurso del Bajo Imperio romano bajo la dominación de los bárbaros, y vemos á las mujeres ceñirse sus túnicas de lino con dos cinturones, uno alrededor del talle y otro debajo del seno, desapareciendo así la antigua holgura de los trajes romanos, que tomaban su gracia de las mismas formas del cuerpo.

Bajo Carlo Magno el traje se complica, y el cinturón sirve

para colgar de él la escarcela ó *limosnera*, hasta que, mas adelante, se le adorna con costosa pedrería. En el siglo x los provenzales inician la moda de los brioses ajustados, que dibujaban el talle, y aunque de pronto la cosa produjo grave escándalo no tardó en tomar carta de naturaleza.

En el siglo xiii el cinturón se convierte ya en artículo indispensable y en el transcurso de la siguiente centuria constituye una verdadera prenda de lujo, por la riqueza de la tela y sus adornos de oro, que se tiene empeño en lucir, debiendo



DAMA DESOBRIDA
(SIGLO XV)



BERENGUELA DE INGLATERRA,
ESPOSA DE RICARDO CORA-
ZÓN DE LEÓN (SIGLO XII)



SANTA RADGUNDA (SIGLO XII)

riqueza del ceñidor que aprisionaba la cota, debiendo observarse, sin embargo, que solo lo llevaban las solteras; las casadas, para distinguirse, iban desceñidas.

Llegamos ahora á una época de reacción; pero todo lo que el siglo xiv tuvo de elegante y suntuoso se convierte al llegar el siglo xv en mezquindad y extravagancia. La moda estriba en ser todo exiguidad y angostura; los talles, en consecuencia, aparecen como prensados, al par que se pronuncian como nunca los escotes y el tocado se alarga desmesuradamente en forma de cucurrucho, á fin de que la figura resulte como el trasunto de un embudo; ya se comprenderá con esto la alteración grotesca que revestían la forma y las proporciones de hombres y mujeres, conver-



SANTA CATALINA
(SIGLO XI)

nado á lo puntiagudo, recalado, adilgranado y adelgazado que el xiv° y por lo mismo se comprenderá á que excesos se entraron las elegantes en punto á delgadez del talle, adquiriendo tal importancia los cinturones que se ca-

lificaba la de la persona según la



DAMA DEL TIEMPO
DE ENRIQUE II

consignarse además las desmedidas proporciones que adquirió el corsé, inventado, según parece, en Inglaterra durante el siglo xii.

Sabido es que no ha habido siglo más aficionado á lo puntiagudo, recalado, adilgranado y adelgazado que el xiv° y por lo mismo se comprenderá á que excesos se entraron las elegantes en punto á delgadez del talle, adquiriendo tal importancia los cinturones que se ca-



ROMANA DEL BAJO IMPERIO

tidos en ridículos muñecos. El cinturón, necesario como nunca, tenía más de un palmo de anchura.

Alborea el Renacimiento, y se observa una completa transformación: los vestidos vuelven á ser amplios, y para exagerar ciertas ventajas se inventan en Valladolid los *verdugos* y *cademas*, con que las mujeres parecen campanas; en Francia pónese en moda, bajo el rey Enrique III, leer el talle de avispa, y Catalina de Médicis impone el corsé. Durante la época siguiente, bajo el imperio del barroquismo; redújose algo el talle y el verdugado, pero por encima del mirriñaque, llamado á la sazón *bulto*, echábanse variedad de faldas, sayas, basquiñas, faldelines y faldellicos, con lo cual inútil es decir hasta que punto desaparecía toda apariencia de formas según puede verse en los retratos de Velázquez. En el extranjero, y especialmente en Francia bajo Luis XIII pusieron de moda una especie de batas, de talle breve, sin nada de verdugado, muy elegante ciertamente, y más aun al perfeccionarse durante el reinado de Luis XIV, adquiriendo una pompa como nunca se hubiese visto hasta entonces.

Los trajes del siglo XVIII conservan, hasta muy entrado ya en su mitad, el corte de la época del rey Sol, pero luego se alteró la moda, y coincidiendo con la Revolución vinieron los talles cortos y las faldas ceñidas, ó de medio paso, inmortalizadas por Goya. De entonces acá, la moda ha dado infinidad de vueltas, reinando hoy la de los *talles de avispa*, con no poco perjuicio de la higiene, pues no se violentan impunemente las proporciones de la naturaleza.

Las breves indicaciones que acabamos de apuntar dan la medida de los extremos á que puede llegar el afán de singularizarse, corrigiendo la obra propia de la sabia naturaleza. Los antiguos, griegos y romanos, se conformaban mucho mejor sin duda á las exigencias de la higiene, y sus trajes telares, amplios y holgados, cumplían perfectamente la in-



JUANA DE FLANDES
(SIGLO XIV)

vencción del vestido, que no es precisamente la de agarrar la cintura, estorbar el paso y apretar el cuello. Puede asegurarse que no pocas enfermedades dimanaban precisamente de las insensatas prescripciones de la moda, que en ocasiones ha podido parecer verdadera invención de un cerebro desequilibrado.

Lo que hay es que costaba mucho más llevar con gracia un traje griego ó romano que no esas vestimentas que se sacan de la moliera los modistos y sastres *pour dames*. En puridad, se trataba de envolverse, exteriormente, en una sábana cuadrada, á la cual había que saber imprimir artísticos pliegues y caídas, de manera que quedase perfectamente deslindada la cintura, sin necesidad de cinturones ni fajas. Y este secreto solo se conserva en el gabinete de algunos eruditos arqueólogos. Hoy, como desde hace siglos, desaparece la forma á fuerza de postizos, añadiduras, suplementos, trampantojos y aplicaciones, quitando toda nobleza al traje.

No lo hacían así los antiguos: su familiaridad con la estatuaría no les hubiera consentido convertir el cuerpo humano en un encurrucho, como en el siglo XV, ni en un globo aerostático como bajo Felipe IV, y la emperatriz Eugenia. Diríase que la historia de la moda, desde el Bajo Imperio acá, es un conjunto de aberraciones, y hacen bien por lo tanto los que echan de menos las vestimentas de la antigüedad, que no consentían las artificiosas deformaciones, base de las presentes modas, masculinas y femeninas.

En vano, sin embargo, claman higienistas y sociólogos por la reforma del traje; la gente adinerada no querrá ceder, y antes que volver á la resurrección de las vestimentas sencillas y nobles, preferirá copiar todas las excentricidades del pasado, tan abundante en ellas. Porque, la verdad sea dicha, no hay nada, en las modas actuales que tenga originalidad. Todo es copia, plágio, imitación.



MARGARITA DE PROVENZA,
VIUDA DE SAN LUIS
(SIGLO XIII)



DAMA DE LA CORTE
DE CARLOS EL TEMERARIO
(SIGLO XV)



CATALINA DE MÉDICIS



Era un vejete. Cincuenta años hacía que tocaba en aquel café, y sus dedos temblorosos, no acertaban ya, á arrancar al piano las dulces notas, é inspiradas melodías, que un día le dieron fama de compositor y pianista al mismo tiempo.

Estaba, el pobre, hecho una ruina, y sólo la compasión, movía al dueño del café, á retenerle en su puesto, viéndose obligado, después de tantas glorias y tantos aplausos, á salmodiar el *Duo de L' Africana*, ó el racconto de *Lohengrin*, ante aquella multitud indiferente, que atendía á sus conversaciones sin preocuparse lo más mínimo de lo escrito por Meyerbeer ó por Wagner. Al terminar cada uno de los trozos que interpretaba, sentábase ante una mesa, siempre la misma, y allá, entre sorbo y sorbo de café, y entre las espirales de humo de su puro de á quince, las noches que lo fumaba, se complacía en recordar sus pasadas glorias y sus correrías incansables, por las principales capitales europeas.

Las fabulosas sumas que ganó, aparecían como un sueño en su mente, y un reproche airado se dirigía á sí mismo, por lo manirroto que fué, debido á lo cual se encontraba en aquel lastimoso estado.

Una noche, después de haber tocado las soporíferas notas de no se que canción entonces de moda, vió avanzar hacia él á otro vejete, que con los brazos abiertos para abrazarle, exclamó radiante de alegría:

—Pero Joselito, no me conoces. ¿No te acuerdas de Andújar, el que vivía contigo en el 60 de la calle de X?

¡Ya lo creo que se acordaba! Allá, en los tiempos de su juventud, cuando en el Conservatorio, hacía sus primeros estudios, vivía en una modesta casa de huéspedes, con otros estudiantes, entre los cuales era Andújar, su inseparable compañero.

Charlaron largo rato, saliendo á relucir las innumerables veces, que juntos oyeron las óperas entonces más en boga; tipos y tenores, que en aquel tiempo hicieron sus delicias, y D. José se sintió rejuvenecido y sentándose al piano una tras otra tocó magistralmente todas las piezas que más gustaban á su amigo.

El público le tributó una ovación cual su trabajo merecía, que fué la última que percibieron sus oídos.

Al salir, á altas horas de la noche, del café se despidió de Andújar, que volvía á su pueblo, al otro lado de España, y él, altamente excitado se dirigió á su casa. No salió más de ella, ni sus dedos se deslizaron más sobre las teclas. Tres días después un modesto coche fúnebre seguido de pocos, muy pocos, de los que habían sido sus admiradores le condujo á la última morada.

J. S. T.

EPÍGRAMAS

Donde á un hombre se mató,
los jueces un bastón vieron,
que un sujeto, al que prendieron,
por suyo reconoció.
Este probó que no había
cometido aquel delito,
pero el fiscal, en su escrito,
atroz pena le pedía.
Que en tal proceso el fiscal
dedujo su pretensión,

apoyado en el bastón
del presunto criminal.

En un café disputaban
si era ó no calvo un señor,
cuando llegó el aludido
y al entrar, se descubrió.

Tiene un hijo pequeño
un saltarín, y yo se

que el padre pretende que
se dedique á saltarín.
No cree que el muchacho anémico
dando saltos se malogre;
y á la vez quiere que logre
algún título académico.
Mas de ninguna manera
el chico quiere estudiar;
dice que para saltar
no necesita carrera.

JOSÉ M. SOLÍS Y MONTORO

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 87.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkievicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkievicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zaccane.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

Los callos son muy molestos, pero se ha encontrado al fin un callicida admirable, que es el de Ladivonsim.

TALLOS

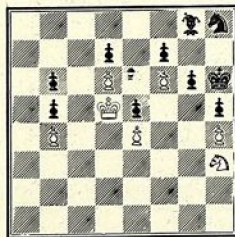
Es mi anhelo trabajar; pero si estoy a tu lado, yo no se lo que me das, que se me olvida el trabajo.

Problema de ajedrez núm. 16

POR NOVEJARQUE

FINAL DE PART.DA

Negras



Biancas

Las blancas juegan, y HACEN TABLAS a la partida en 2 jugadas.

7 blancas y 10 negras; 17 piezas

¿Cómo queréis que mi lira no cante cual ave presa?
¡Si sembré mi amor ha días y no brotó ni la muestra!

Los besos de las mujeres, (según me ha dicho una de ellas) de ciento, son verdad siete, y noventa y tres, de pega.

¿Es ley inmutable acaso que algún poeta entre ciento como premio a sus trabajos no sepa lo que es empeño?
F. PÉREZ SERRANO

CANTARES POPULARES

Pensamiento tu me matas tu me tiras a perder y más perdido que estoy ya no me puedes poner.

Me estás quitando la vida me estás quitando el sentir

¡Si me quitaras las deudas que de joven adquirí!

Mala puñalá te den. Pero, no; detente lengua mejor es que te condenen a vivir con una suegra.

Señor alcalde mayor no tema usted a los ladrones porque tiene usted las manos... llenitas de jabalones.

Dicen que la mar pasó la palomita de un vuelo y yo no puedo pasar un duro falso que tengo.

La luna se va a poner por encima de las tejas. Yo creí que era tu cara cuando la vi tantas pecas.

El Ebro nace en Reinoso y todo se entra en la mar, pero no entrará en tu casa como allí está tu mamá.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

••

Escribe D.ª Sinesia vecina de Gastropol que no hay mejor magnesia para ella, que el San-Imol.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

1. los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Limpieza.

Jeroglífico comprimido.—Sobredorado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. M.—Arévalo.—Muchas gracias; las poesías y los muy sentidas y ingeniosas.
M. O.—Madrid.—Su cuento Drama, comedia y boda se resiente en gran manera de la abusiva lectura de Pérez Escribá y sus sucesores. El precio es seis pesetas semestre.
L. G. de R.—Me han gustado mucho las Hu-moradas.

P. G. Li.—Perfectamente.

C. M. S.—Luzaca.—Querido amigo la tecnología no representa la amistad o una virtud; lo que hace es representar esa virtud con la apariencia ó figura de persona. Lo cual no es óbice a que yo tenga a grandísima honra merecer y compartir la amistad susodicha. Aparte de esto es imposible aceptar ningún cuento cur-va héroes se llaman Arturo y Nicasia.

CHARADÍSTICO, por Novejarque



Estos significados constan de dos sílabas cada uno y con ellas se puede formar una palabra castellana que consta de cuatro sílabas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50-BARCELONA

RUMANIA



CABALLERÍA: SOLDADO DE HÚSARES